

# La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

*Domingo 17 de Septiembre de 1893.*

NÚMERO 12.

DIRECTOR:

Carlos Frontaura.

## NOTAS ARTÍSTICAS



ACUARELA DE FRANCISCO PRADILLA.

# LO DEL DIA

No puedo asegurar que hubiera exceso de Juzgados en esta pobrísima España; me inclino á creer que, en efecto, había algunos más de los precisos, aunque no tantos como se han suprimido; pero la verdad es que no tiene nada de particular que en los pueblos que se quedan sin el Juzgado la medida haya producido pésimo efecto. Es necesario haber vivido en un pueblo para comprender lo bien que viste eso de tener el Juzgado, con su juez, su fiscal, sus escribanos, sus oficiales, sus alguaciles, etc., etc.

El juez con su bastón, su sombrero de copa, su levita larga, es un personaje de gran respetabilidad, y si gasta antiparras más respetable todavía, y tiene tanta importancia que, sin quedarse sin ella, le da á cuantos viven en el término de su jurisdicción, que se consideran más personas que los pobres vecinos de pueblos sin más juez que su conciencia y el municipal.



El juez, la jueza, la cuñada, los hijos del juez, son elementos principalísimos en la sociedad de Mejorana la Real, ponga por caso, pueblo que en otro tiempo no tenía Juzgado, pero lo obtuvo al fin hace diez años, después de haber hecho incesantes gestiones cerca de los Gobiernos y de las Cortes, y construido casa especial para su instalación. Don Severo Panduro ha sido cinco años juez en ese pueblo, y ahora Capdepon le ha declarado excedente, suprimiendo el Juzgado y llevando la perturbación más grave á las principales familias de Mejorana la Real. Aparte de que los criminales tenían mucho miedo á D. Severo, porque es hombre capaz de pedir garrote vil para su misma suegra, si ésta cometiere un delito, y todo el mundo sabe que no admite jamás circunstancias atenuantes, posee la estimable cualidad de jugar muy bien al tresillo, ser un carambolista de primera fuerza, un cazador infatigable y tener una esposa andaluza con remuchísima gracia, una suegra que parece todavía joven y tiene setenta y tantos, que ha conocido á todo el mundo y cuenta cosas muy curiosas de Martínez de la Rosa, de Espartero, de Narváez y de González Bravo, de quienes, dice, fué amiguísima y los llamaba de tío; una cuñada, con el pelo teñido, que hace versos sentimentales y los lee en la tertulia sollozando y haciendo sollozar á toda la concurrencia; tres hijas que bailan que se las pelan, y cantan, hacen comedias y están al tanto de las modas de París y las han introducido en Mejorana la Real, donde antes desconocían las señoras y señoritas las *ceceñas*, el color Bismark, las mangas Imperio, los corsés *Ana de Austria* y otras muchas cosas importantísimas para el atavío y embellecimiento de la mujer; y tiene, en fin, un hijo de diez y nueve años, que llegó desmembrado y enfermizo, y en Mejorana se ha repuesto de tal modo con el aire campestre, que ahora es un pelotari muy distinguido, el

primer velocipedista del distrito y conquistador atrevidísimo de los mejores ejemplares del bello sexo; como que desde que se ha suprimido



el Juzgado la hermana del alcalde presenta síntomas de enajenación mental por haber sabido que el chico se va, y allí, en la casa rectoral, la sobrina del párroco se encierra en su cuarto largas horas, y cuando sale se conoce á la legua que ha llorado mucho.

El juez y su estimable familia eran la gala de Mejorana la Real. Suprimido el Juzgado, se acabó la animada tertulia en casa del alcalde; ya no habrá bailes en el Casino de la Amistad; ya no se oirá la doliente voz de la inspirada poetisa leyendo sus composiciones *Á un verdorón muerto*, *Á un niño con varapión*, *Al submarino Peral*, *Á mi hermano el señor juez en su cumpleaños*; ya se deshizo la partida de tresillo; ya no dará más *bolos* la alcaldesa; ya no será la admiración y envidia de los chicos el velocipedo de Arturito y la hermana del alcalde y la sobrina del cura.... ¡ah, Sr. Capdepon! si usted hubiera sabido lo que iban á sufrir aquella solterona sensible y esta niña caudorosa, no habría usted suprimido el Juzgado de Mejorana la Real.

Por supuesto que en Madrid está la comisión del pueblo pidiendo la reinstalación del Juzgado, con el mismo juez, y la misma jueza y demás familia, y en la exposición que trae se prueba que aquel Juzgado es más necesario que el Tribunal Supremo y el Ministerio de Gracia y Justicia en Madrid, y el Ayuntamiento propone pagar los gastos, y los vecinos, por su parte, ofrecen satisfacer el sueldo del juez, y sin anuencia del cura, el sacristán ha indicado la idea de poner en la pared exterior de la iglesia un cepillo con esta inscripción: «Aquí se depositan las limosnas para sostener el Juzgado de instrucción.»

En fin, no es posible dar idea de la tribulación en que se encuentra el pueblo de Mejorana la Real. Solamente el *Peludo*, que volvió de presidio indultado hace seis meses, se alegra de no encontrarse ya en la calle, ni en la glorieta, con el juez D. Severo, y no ha querido firmar la exposición pidiendo el restablecimiento del Juzgado, bien que nadie solicite su firma, y ya ha escrito dos anónimos al alcalde amenazándole con suprimirlo, porque precisamente el alcalde fué quien, cumpliendo su deber, le entregó á la justicia, convicto de haber dado tres pinchazos al sereno, que le agarró cuando intentaba esca-

lar la tapia del corral de una viuda que había cobrado aquel día el precio de la venta de unas vacas.

A riesgo de que se enojen conmigo muchas personas entimables, he de confesar que admiro, aunque no tanto como *El Imparcial*, el valor heroico del actual Ministro de Hacienda, pues ha de tener



mucho pecho quien, como él, se indispona con todos los elementos civiles, militares, judiciales y eclesiásticos. A la hora presente el nombre de Gamazo suena fatidicamente en muchos hogares donde se impone la necesidad de *reducirse*, no por otra cosa, sino porque desde este mes de Septiembre el jefe de la familia se ve privado en absoluto del ingreso mensual que tuvo hasta fin de Agosto, o en el caso más favorable, lo tendrá bastante más mermado de lo que le conviene.

—Hay que *reducirse*, dice á su mujer el bravo general declarado de cuartel. Gamazo nos ha partido por el eje.

—Tenemos que *reducirnos*, dice á sus hijas el magistrado viudo, á quien han declarado excedente. Gamazo, hijas mías, os priva de las galas con que erais el encanto de los salones del palco en el Real, á cuarto turno, en compañía de las de Rejón, el fiscal, que también queda en idéntica situación de excedente, del paseo en coche los domingos, y de una, por lo menos, de las dos doncellas que os servían. Luego puede que haya que suprimir la otra.

—Hijo, no te aflijas, nos *reduciremos*, dice la mujer del cesante al marido infeliz, víctima de Gamazo, por supresión de su plaza. Y al marido no se consuela, porque para él no hay reducción posible, porque podrá *reducirse* el que tiene algo, el que cobra menos que cobraba; pero el que no cobrará nada, como él, no puede reducirse más que á polvo.

—Doña Telesfora, dice el humilde capellán á su ama, todo sea por Dios; desde ahora cobraré menos que un albañil, porque estamos en

tiempos de mucha necesidad, y todos tenemos que ayudar al Estado, que se halla en la mayor penuria. Conque, hija, á reducir los gastos; eche usted menos garbanzos en la olla, y pórme regale usted el paladar con la tortillita de patatas ni con otras golosinas de las que usted confecciona primorosamente. El cocido pelado y la sopa del pan que sobre, y nada más. El señor Gamazo exige que se nos pida por favor que los eclesiásticos cedamos un poquito de puestras asignaciones, y nuestros superiores nos mandan que lo hagamos por amor de Dios.

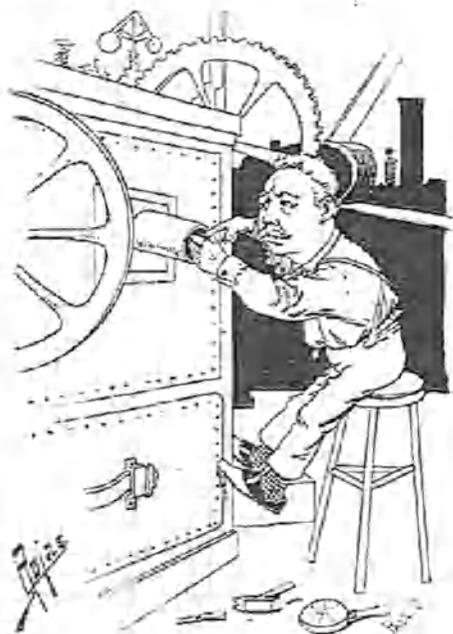
—¿Y quién es ese Gamazo?... Dios me perdone, si no es un hereje de tomo y lomo, exclama doña Telesfora en el colmo de la indignación.

—Doña Telesfora, no hay que formar juicios temerarios. El señor de Gamazo es el Ministro de Hacienda, una buena persona, cristiano viejo, pero no tiene más remedio que sacar dinero de arriba, de en medio, de abajo, y de todas partes, de donde lo haya y hasta de donde no lo haya. Yo rezo todos los días pidiendo á Dios que S. E. no dé en una casa de orates.

—¡Jesús! es usted un cura de mazapán, padre Hilarión.

—Hija, todo sea por Dios, y de él nos venga el remedio.

Claro es que á D. Germán no le sabrá muy bien que una gran parte de los habitantes de esta tierra española, tanto más querida cuanto más desgraciada, truenen contra él y le considere una calamidad; pero él, con entera fe en su plan, enamorado de su Presupuesto de la Paz, con voluntad firme, aunque les duela á sus compatriotas y pongan el grito en el cielo, se consagra día y noche á la ingrata y cruel tarea

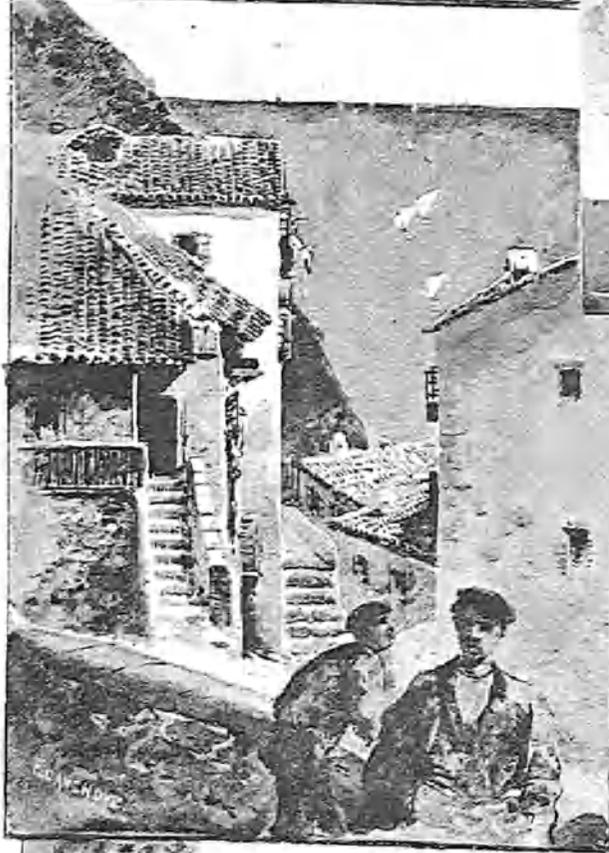
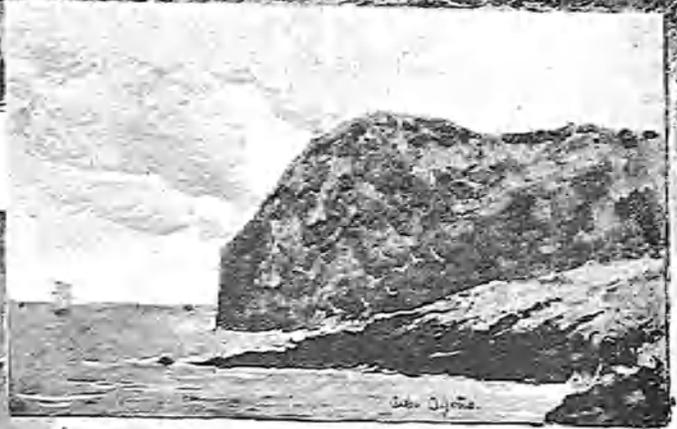


de arreglar, pulir y afinar la máquina de extraer dinero por el sistema más rápido y eficaz; porque las necesidades no admiten espera. Pasará muy malos ratos, le dolerá que no le quieran bien los que se sienten heridos en el bolsillo; pero alguna que otra vez se consolará viendo que, á pesar de la penuria á que hemos venido, los frontones están atestados de gente de todas clases, y corre allí el dinero como si á todos les hubiera caído la lotería; y las novilladas con toros de desecho llenan todos los domingos la Plaza, y todas las semanas hay verbenas y bailes en medio de la calle, demostración evidente del regocijo del buen pueblo de Madrid....., y que no disminuye el consumo de barajas, á pesar del enorme impuesto de 30 céntimos sobre cada una; un impuesto que aseguro á ustedes, bajo mi palabra honrada, que no pagaré jamás.

CARLOS FRONTERA.



# COSTAS VIZCAYNAS



DIBUJO DE TOMÁS CAMPUZANO

# APUNTES DEL NATURAL

---

Manuel Tamayo y Baus

POR

ALFREDO PEREA





## LA VOCACIÓN DE ROSA

(FRAGMENTOS DE SUS MEMORIAS ESCRITAS EN LA VEJEZ)

Si he de creer lo que á menudo me dijeron los hombres, el espejo y hasta mis amigas, he sido rubia, muy blanca, de ojos azules, dulcemente expresivos, y de admirables formas.

Y esto no es ilusión ó vanidad mía, pues recuerdo que la corsetera solía decirme: «Señorita, si todas estuvieran hechas como usted, pocos pechos y caderas tendria yo que falsificar.»—Pero mis verdaderos encantos eran los que dependen de la condición y el carácter. He sido bondadosa y de apacible trato, sumisa y complaciente; me ha gustado más obedecer que mandar, prefiriendo hacerme simpática á ser envidiada; en una palabra, he gozado más viéndome querida que lisonjeada.

Mi familia era pobre. Papá estaba empleado en la administración de los bienes de un grande de España; mamá cuidaba de la casa, ayudada por mí, y todos economizábamos á porfia, siendo tan prudentes en el gastar y logrando que nos luciese tanto lo poco que teníamos, que no nos calificaba la vecindad de ordenados y económicos, sino de avaros.

Desde pequeñita llamé la atención por mi buen oído y mi memoria musical. Cuanto oía tocar en pianos y organillos, otro tanto tarareaba en seguida, bastándome escuchar una vez las piezas, coplas y cantares, para aprenderlas perfectamente. Asistí al Conservatorio durante algún tiempo, pero tuve que dejarlo cuando quitaron á papá el empleo. No era cosa de perder un par de horas diarias, porque mamá y yo contrabalanceamos la falta de sueldo, haciendo labores para un obrador que, como todos, pagaba mal y revendía muy caro.

Además, un conocido de papá que tenía archivo de partituras, me daba pliegos á copiar. Con el producto de este trabajo, contribuía á sobrellevar los gastos de la casa y me pagaba los trajes. Ninguna muchacha de la vecindad sabía vestirse como yo, de modo que, por bonita y elegante, me convidaban á muchas tertulias, que aunque entonces me parecían encantadoras, debían de ser horriblemente cursis. Pero la verdadera causa de que me convidaran con gran frecuencia era mi habilidad en el canto. El archivero de música nos regalaba de cuando en cuando billetes de teatro, y como yo tenía tan buen oído, y lo recordaba todo tan fácilmente, á los pocos días de estrenarse una zarzuela ya cantaba algo de ella en la primer reunión á que asistía. Y lo extraordinario era que cantaba con la mayor naturalidad, sin pretensiones ni propósito de entusiasmar á nadie, sin pose, que dicen los franceses, sin presumir de *diva*, lo mismo que cuando tarareaba á solas por distraer las horas de labor. Sin embargo de lo cual, cuantos me oían quedaban maravillados del sentimiento y la fuerza de expresión con que yo realzaba la intención de las frases y el carácter de los ritmos. Cantaba lo alemán como una *Gretchen*, lo francés como una hija del *boulevard*, y lo andaluz como una sevillana. Esto producía en mí mismo verdadero asombro, porque, como he dicho, no me esforzaba en lo más mínimo; de suerte que, á pesar de mi genio apocado y de mi figura dulce, sin que me diese cuenta de ello, en poniéndome á cantar era todo fuego, intención y vehemencia. Durante la vida de mis padres, no pasó día sin que algún amigo ó conocido les aconse-

jara que me dedicasen al teatro, donde aseguraban que podía ganar mucho dinero. Nunca les hicimos caso; yo, la primera, rechacé el consejo; pero, al quedar huérfana, las circunstancias pudieron más que yo. Papá y mamá murieron con pocas semanas de diferencia, dejándome pobre y desvalida. Juntos cayeron sobre mí la amenaza de la miseria y el dolor de la orfandad. Malvendiendo y empeñando cuanto había en casa, apenas hubiese podido vivir decorosamente algunos meses. Entonces fué cuando la tentación se me ofreció más seductora. Vino á verme el archivero de partituras, y en nombre de una empresa que formaba compañía para provincias, me ofreció cuatro duros diarios y gastos pagados. Tan seguros estaban de que yo *servía*, como se dice en jerga de bastidores. En otra página de estas *Memorias* recordaré las amarguras de mi año de noviciado. Al invierno siguiente me contrataron para Madrid, donde tan rápidamente conquisté el favor del público, que al final de la temporada era la niña mimada de la empresa, la dirección y los autores. Todo ello con gran sorpresa mía, pues, lo repito, yo hablaba y cantaba con la mayor naturalidad, y, sin embargo, todos me aplaudían y adulaban por la pasión y el sentimiento, que, según ellos, sabía imprimir á las frases más pálidas. Hice papeles de criada, de cigarrera, de chula, hasta de mujer perdida, y yo, que nunca había ido á la compra, ni hecho pitillos, ni perdido la vergüenza, *resultaba* actriz picaresca de primer orden. Los autores decían: «¡Qué corazón tienes!» los periodistas me llamaban la *tiplo sugestiva*, y los abonados no me dejaban á sol ni á sombra. La única que no llegó nunca á participar de este entusiasmo fui yo misma. Jamás sentí orgullo ni amor propio exagerados; nada, que no tenía yo sangre de artista. Todo lo contrario: cuanto más me aplaudían, más sentía el alma invadida de tristeza. De telón para afuera parecía dichosa: de telón para adentro, y especialmente en mi casa, ¡cuánto sufrí!

Aquella vida, mal llamada artística, me abrió los ojos para muchas cosas. Aprendí cuanto debe ignorar la pureza, pero teóricamente. Nadie acertó á conquistarme por amor, ni yo era capaz de dejarme seducir por interés. Fui honrada y virtuosa hasta por temperamento.

Pasaron dos años, durante los cuales aborrecí el oficio. No me sentía artista, no me mareaban los éxitos, no me atraían los hombres, y, en cambio, me hacían sufrir horriblemente la envidia de las compañeras y la grosería de los galanteadores. En fuerza de humillar cómicas y desesperanzar pretendientes, todos se reunieron contra mí: los despreciados y las derrotadas. Comenzaron las habladurías, degeneraron en murmuraciones, transformáronse en calumnias, y pronto quedé reducida á la condición de una de tantas. Según aquella gente, yo era fruta que podían saborear los empresarios por contratos, los autores por papeles, y por dinero cualquiera que estuviese dispuesto á derrocharlo. Mi gusto en el vestir

fué calificado de lujo insolente, y lo que ahorré á fuerza de orden pasó por fruto de liviandades.

Tal era mi situación cuando empezó á galantearme un hombre que hablaba de distinto modo que los demás. Pronto comprendí que lo que había inspirado á Pepe era verdadero amor, y que se lo pagaba con un sentimiento mucho más vivo y vehemente que la simpatía. Pero no era posible que pensásemos en felicidad legítima. Pepe pertenecía á una familia muy encopetada; yo era una comichucha. Además, ¿quién iba á creer en mi virtud después de haberme visto salir á las tablas medio desnuda? ¿Quién daría crédito á la castidad de una mujer cuya reputación estaba fundada en el descaro y la desenvoltura? Y, sin embargo, los labios que en escena declamaban versos insolentes, no habían sido besados por nadie.

No quiero hablar del largo proceso de mis dudas, mis vacilaciones y mis sufrimientos. Lloré mucho, y el día que Pepe me ofreció su amor, lo acepté con todas sus consecuencias mediante una sola condición: que me sacara del teatro. Pertenecerle en cuerpo y alma, entregarme y no volver á pisar la escena habían de ser una misma cosa. No me asustaba vivir con poco; me contentaría con lo que pudiese darme. Accedí gozoso porque me anaba, y de la noche á la mañana rompí la contrata, sin despedirme del público, renunciando á un beneficio y una ovación de que hubiera salido ganancioso mi bolsillo y mi orgullo.

Poco tendría yo de artista cuando no eché de menos el teatro. Alquilé un cuarto mayor que el que antes habitaba, y Pepe vino á vivir conmigo, aprovechando la circunstancia de trasladarse su familia á París.

Enamorados ambos, él buenisimo y yo cariñosa, aquello fué la dicha sin bendición. ¡Qué dos años! Y no se crea que fué solamente la felicidad fundada en que yo era bonita y él me quería, no: además de juventud y de amor, gozábamos como no se puede gozar más que cuando se juntan la abnegación y el cariño. Por cada caricia de amor cruzábamos ciento de ternura. Yo le hacía el café por la mañana antes de que fuese á trabajar, porque logré que trabajase; cuidaba de su ropa, ponía en orden su mesa de despacho sin revolverle los papeles, vigilaba cuanto traían de comer, aguardábale con impaciencia, recibíale con agrado, y á toda hora del día, cuando no por él mismo, tenía el pensamiento ocupado en algo suyo. El chasquido de nuestros primeros besos borró de mi memoria el teatro, y hasta el mundo. Indudablemente yo había nacido para aquello; aquella era mi vocación. Cuanto más modesta y tranquila era nuestra dicha, mayor me parecía. ¡Cuatro paredes, unos cuantos duros á fin de mes y él! ¿Qué mujer no se hubiera vuelto loca de alegría?

En vano pretendió Pepe que viviéramos con lujo.



# LA CORTE DE LOS FELIPES

CUADROS DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.



## Espejo de Dueñas

Que me quemien á mí si ésta no es dueña.

(QUEVEDO.)

I.

Con el manto de anascote  
Cubierto medio semblante,  
Y dejando el otro medio  
Entre si sale ó no sale;  
El talle todo corcovas,

La nariz toda humedades  
Y la boca vuelta yermo  
De un diente disciplinante;  
Con los ojos medio ocultos  
Detrás de ahumados cristales,  
Por lo de sin carne, viernes,  
Y por lo de aciaga, martes;  
Sentada cabe la reja,

La dueña doña González  
Las cuentas de su rosario  
Pasando estaba una tarde.  
Y como son en las dueñas  
Hasta los versos maldades,  
Y al diablo encienden dos cirios  
Al poner uno al arcángel,  
Como á golpe de conjuro  
Se vió asomar por la calle  
De un embozado mancebo  
El noble y gentil talante.

II.

—¿Qué buscáis aquí á esta hora?  
—Que calméis mis ansias, madre,  
Y que el fuego en que me abraso  
Templéis, si podéis templanle.  
—¿Qué es lo que de mí pretende  
El hidalgo?

—Cosa fácil,  
Que vos os déis á partido  
Ya que ella no quiere darse.  
—Mí sa Inés es casta y pura.  
—Eso me empeña en el lance,  
Que da el asedio más gloria  
Si es la plaza inexpugnable.  
—Ella no os ama.

—Con eso  
No será su dolor grande  
Si alguna vez á olvidarla  
El destino me forzare.  
—¿Es decir que estáis resuelto?  
—A todo.  
—Reparad antes  
Que puso de Inés la honra

Bajo mi amparo su padre.  
 —Por eso cierto que deben  
 Vuestras virtudes premiarse.  
 Mirad si en ese bolsillo  
 Hay recompensa bastante.  
 —¿Y qué he de hacer?

—Poca cosa.

La casa tiene una llave,  
 Hacedla pesar en oro  
 Y yo os daré lo que vale.  
 Después de quedar callados  
 Por unos breves instantes,  
 Entre el galán y la dueña  
 Se cruzaron unas frases.  
 Mas importaba en tal modo  
 A uno y otro recatarse,  
 Que lo que allí se dijeron  
 No pudo escucharlo nadie.  
 Sólo se vió que á la postre,  
 Con dedos que por rampantes  
 Pudieran causar envidia  
 A neblíes y alcotanes,  
 La dueña, asiendo la bolsa,  
 Mucho ménos que ella frágil,  
 Murmuró mientras sacaba  
 Por entre el manto una llave:  
 —Ya lo sabéis, esta noche  
 A las diez. No vengáis antes,  
 Y no temáis hacer ruido,  
 Que tengo el sueño envidiable.

### III.

Aun del galán las pisadas  
 Se escuchaban en la calle,  
 Cuando la dueña en un hombro  
 Sintió una mano posarse.  
 —¡Señor!—murmuró medrosa.  
 —Levantad, doña González,  
 Que vuestra adhesión aprecio  
 Y estimo vuestras lealtades.  
 —¿Escuchasteis?

—Nada he oído;  
 Pero adivino el alcance  
 De un daño á que vos, sin duda,  
 Remedio en vano buscasteis.  
 Y comprendiendo la dueña



Que aquel viejo venerable  
 No era capaz, por honrado,  
 De ver traiciones en nadie,  
 Plegando la hundida boca  
 En un mohín repugnante  
 Gruñó para sus adentros:  
 —Hay negocio por dos partes.  
 Lo que el señor y la dueña  
 Hablaron aquella tarde  
 No hay testigo que lo cuente  
 Ni papel que lo relate.  
 Pero es fama que la vieja,  
 Yendo á su cuarto á encerrarse,  
 Para rezar de rosario  
 No sé si cinco ó seis partes,  
 Gruñó, como aquel que quiere  
 Con sí mismo congraciarse:  
 —Yo cumplí como debía;  
 Si bien las cosas no salen,  
 ¡Dios nos ilumine á todos,  
 Que buena falta nos hace!

### IV.

Del fin de aquella aventura

Tan sólo la villa sabe  
 Que la ronda aquella noche  
 Halló un muerto en cierta calle.  
 Por mozo y noble le daba  
 Su apresto y gentil talante,  
 Y sus heridas decían  
 Que no fué á traición el lance.  
 Por lo demás, no merece  
 Tanta atención su cadáver,  
 Cuando no hay noche en la Corte  
 Que sin un par de ellos pase.  
 Quedó el misterio en las sombras,  
 Nadie de él volvió á ocuparse,  
 Que al fin y á la postre es justo  
 Que quien hizo el mal lo pague.  
 Sólo en retirada estancia,  
 Aun la espada tinta en sangre,  
 Así á una dueña decía  
 Un anciano con voz grave:  
 —Por vos mi honor queda limpio.  
 Dios vuestras virtudes pague,  
 Y mal haya quien de dueñas  
 Con pocos respetos hable.

ANGEL RODRÍGUEZ CHAVES.

# EL VIOLIN DE BAILE



De este tipo quedan ya en el teatro muy pocos ejemplares.

Estaba por decir que de la buena raza, ninguno.

El baile está en decadencia; mientras Euterpe anda por las nubes, Terpsícore se arrastra por el foro de los teatros, desesperada y poco atendida.

No impera, ni aun en el Teatro Real, cuyo espectáculo lírico está íntimamente unido al bailable.

Rara es la ópera que no exige en momentos deter-

minados una cantidad de piruetas, *assemblées* ó *pas de barque*, ejecutados por el cuerpo de baile, y alguna variación obligada de *piruetas* por la primera bailarina.

Pero todo esto huele á francés ó á italiano, y á mi hombre no hay que buscarlo en esta atmósfera.

Mi *violin de baile*, el verdadero, el auténtico, vive en el ambiente purísimo de la sandunguera España, y crece y se desarrolla al sonido del bolero de *La Tertulia* y de las mollaras de *La Chiclanera*.

¿Este género gracioso está llamado á desaparecer, como se dice de la forma poética?

Creo que no.

No ha mucho tiempo que Fuensanta, la salerosa Fuensanta, volvía loco al público de Martín, con sólo abrirse de brazos, y las hermanas Moreno conmueven la sala de Rómea con sus inimitables *Panaderos*.

En mi opinión, el buen género ha de reverdecer, y aun hemos de ver en el Teatro Español dos coplas de bolero bien bailadas.

Así sea. Vamos con mi hombre, que hoy, por necesidad, soporta á un director del género francés.

Son las ocho de la mañana; el escenario del teatro se halla casi á oscuras; nótanse ligeros ruidos de pasos y el sonido que se produce al descolgar de los llaveros las llaves con cadenilla y chapa de latón. Óyese de vez en cuando gritar:

—¿Señor José?

—¿Quién?

—Tráigame usted un cabo.

—Un teniente es lo que tú quisieras—dice entre dientes el alumbrante, que es el que atiende al nombre de José.

Las que piden luz son las bailarinas que van á sus cuartos respectivos, á vestirse de corto.



Á poco aparecen dos ó tres figuras por entre bastidores, que á no ser porque andan casi á tientas en busca del brasero, y por ciertas frases *vivas* y *pintorescas* que sueltan al tropezar con cualquier objeto, las tomaría usted por los duendes ó trastos de la casa.

¡Qué horribles siluetas!

—¿Son brujas?

—No, aunque lo parecen. Son las madres de las bailarinas que aun están en el caso de ser acompañadas, *por el buen decir*.

—¿Y quiénes son esas graciosísimas y aéreas mariposas blancas que surgen de aquí y allá, como las sombras evocadas por Bertramo en el Roberto?

—Son las bailarinas que, ya *de corto*, se disponen á ensayar.

—¿Y quién es ese caballero que se presenta en escena, vestido de americana, chaleco, pantalón *collant* á cuadros, gorrita escocesa con lazo y todo, y calzadas las zapatillas de baile?

—Es el Director coreógrafo del género francés y género español, es decir, un hombre de ambos géneros.

—Buenos días—dice el maestro. Y añade.—¿Estamos todos?—haciendo sonar las palmas.

—Sí, señor—contestan casi todas las bailarinas.

—No falta—dice Pepita—más que Enrique.

—Presente—contesta amostazado nuestro hombre. (Es el violín de baile.)—Yo *no falto* nunca; aun *faltan* tres minutos para la media. Más *faltana* es usted, que *falta* á lo que no debería *faltar*.... Pero ¿*faltar* yo? Pues *no faltaría*, sino que *faltara*.

—¿Está usted haciendo *La Almoneda del Diablo*?—Le pregunta Pepita, que es traviesa y juguetona, y novia del violín, por añadidura.

—Yo hago lo que me da la gana, y á usted no tengo que darle cuentas de mi conducta.

Enrique está hecho una fiera, porque la noche anterior, desde la orquesta, vió á Pepita *limarse* con un abonado, mientras el pobre músico rascaba unas manchegas.

El violín de baile pertenece á la orquesta del teatro donde ensaya. *Conditio sine qua non*.

Como no tiene gran sueldo, se ayuda con el *bolo* asignado al ensayo de baile.

Sigue Enrique disputando con Pepita.

El maestro acaba la disputa, diciendo:

—¡Ea, ea! á ensayar.

—Señor José—grita Enrique—encienda usted el atril.

Y el señor José enciende dos cabos largos, muy largos, desde hace ya media hora colocados en unas *arandelas de lata*, que se cimbrean gallardamente.

Enrique se sienta junto al atril, sobre el cual coloca el Director *los papeles del día*. Y desenfunda el violín, que viene á ensayo arropado y escondido en un saco de bayeta verde, si no hay para un estuche de cuero. Hecha esta operación, él se pone unos mitones de estambre del color de la funda del violín y de construcción especial. El mitón correspondiente á la mano izquierda apenas tiene dedos, para que el músico pueda jugar desembarazadamente los suyos. Por el contrario, el mitón derecho no permite salir *de su seno* más que la cantidad de carne estrictamente necesaria para sujetar el arco.



Precauciones contra el frío, que sigue helando, á pesar de hallarnos en primavera.

La funda del violín, las llaves de los cuartos, el pañuelo del Director y algunas agujas de *hacer crochet*, clavadas en ovillos de estambre de color de grana ó en algunos botines empezados, quedan sobre una mesita pegada á la tapia del proscenio, cerca del brasero, circundado de las brujas susodichas, y empieza el ensayo.

—Vamos á repasar el baile de anoche, que salió un poco desigual—dice el Director.

—Si todas las bailarinas cumplieran con su deber, no sucedería esto—replica Enrique, mirando á Pepita.

—Toque usted y calle—dice ésta.

Y Enrique *se toca* toda *La Chiclanera* ó *La fiesta de gitanos* de cabo á rabo, *tarareando* mientras vuelve las hojas del cuaderno, porque no hay que perder tiempo ni compás, y, es claro, no puede al mismo tiempo rascar las cuerdas y volver las hojas.

*Dice el violín* un par de veces, *haciendo sangre*, por supuesto, porque si Pepita no se timara con los abonados, él no tendría que rascar tanto.

—Vamos con el baile nuevo—dice el maestro.

—*La mariposa sensible*. ¡Bonito título!—exclama Enrique, sonriendo maliciosamente.

—¡Y tan bonito!

El Director, algo picado, explica el argumento del baile y termina diciendo:

—Yo me voy por escotillón entre llamaradas de resina, que ya le diré al guardarropa cómo las ha de hacer, para que no me abrasen.

—¿Pues quién hace de mariposa?

—Yo—dice el Director.—Pues por eso.... Como soy mariposa, muero quemada.

—Naturalmente—contesta Enrique, saturando de ironía la palabra.



—Vaya, vaya, empecemos. Y Pepita, ¿dónde está?  
¿Pepita? ¿Pepita?

—Voy.

—Ha ido al cuarto *á por un pañuelo*—dice la madre desde el brasero.

Pepita aparece inmediatamente.

No falta quien ve entre cajas á un Teniente de caballería, que está abonado en la tercera fila. Enrique salta en su asiento como quien tiene hormiguillo. Le ha visto las espuelas al Teniente y á Pepita un pomio de claveles reventones en el pecho.

El Director sigue ofendido, y para fastidiar á Enrique repite seis y siete veces cada pasaje. Procura Enrique contener los ímpetus de su sangre.

—Maestro, mire usted que tengo un funeral en San Francisco.....

—Que esperen.

—No puede ser.

—¡Usted siempre tiene funerales!

—Como que los músicos *vivimos* de los que se *mue-*

*ren*. Asegure usted la salud pública y perecen de hambre todos los profesores.

—Vaya, vaya, toque usted y calle.

Y Enrique se pone á rascar de nuevo el violín, teniendo entre los labios un cigarrillo de papel. Fumar sin quitarse de vez en cuando el cigarrillo de la boca, es operación difícil. El humo obliga á Enrique á hacer mil gestos grotescos, que producen la hilaridad de Pepita. Enrique está furioso.

—Descansen ustedes, niñas. Usted no—le dice el Director á Enrique—que voy á pasar el andante con la primera.

Se sienta Enrique y sigue rascando.

—¡Bien! Vamos á la coda. ¿Niñas? ¿Y Pepita? ¿Dónde está Pepita? ¿Pepita?

—Está en el cuarto—vuelve á decir la bruja del brasero y vuelve á aparecer Pepita.

Esta vez se ve entre cajas á un capitán de cazadores, abonado en la fila cuarta. Pepita trae un ramo grande *de lilas*, y para hacer las paces ofrece á Enrique, y hasta le pone en el ojal una ramita de ellas.

—Vamos, vamos á todo—exclama el Director.

—Maestro, mire usted que ya es la hora del funeral.  
—Esto es lo primero.

—Para usted, pero no para mí. Yo no puedo vivir con las tres pesetas de la orquesta y los seis reales de este bolo.

—¿Á mí qué me cuenta usted? Á rascar.

—¡Ay!—dice Enrique.—Dos clases hay en la sociedad que necesitan una paciencia como la de Job. Los pescadores de caña y los violines de baile. ¡Qué ganas tengo de no *rascar* más en esta vida!

.....

Ha pasado algún tiempo.

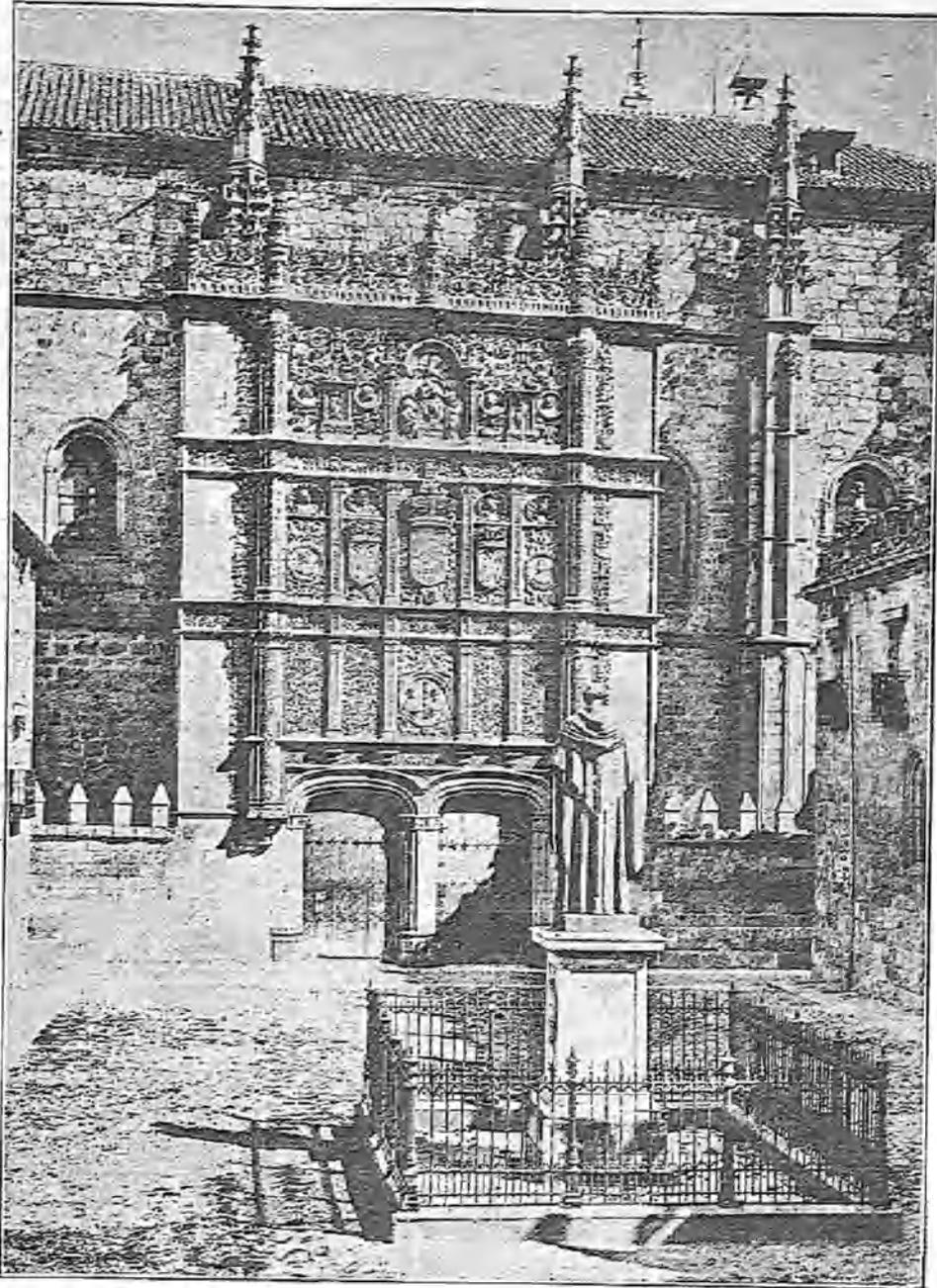
—¿Sabe usted que se ha casado Enrique, aquel violín de baile?

—¡Ah, sí! ¿Y con quién se ha casado?

—Con Pepita.

—¡Con Pepita! ¡Ahora sí que tendrá *que rascar*!

RAFAEL MARÍA LIERN.



(De fotografía de los Sres. Hansa y Nietz.)

## SALAMANCA

### PUERTA DE LA UNIVERSIDAD Y ESTATUA DE FRAY LUIS DE LEÓN

El santo rey D. Fernando hizo trasladar á Salamanca en 1243 los estudios que hasta entonces se habían seguido en Palencia. Don Alfonso el sabio colmó de privilegios y rentas á la Universidad, y los pontífices Alejandro IV

y Clemente V la concedieron asimismo muchas mercedes, siendo en lo antiguo la Universidad de Salamanca uno de los cuatro estudios generales del mundo, en unión de las de Bolonia, París y Oxford. En el siglo xv,

la fama de la Universidad salmantina era tan grande, que cedió á la de París uno de sus profesores de matemáticas, Pedro Ciruelo, y á la de Bolonia otro de música, Bartolomé Ramos. En el siglo XVI llegó al límite de su importancia, contando 14.000 estudiantes, y como curioso detalle, debe consignarse haber sido la única Universidad en que se enseñó el sistema de Copérnico, conceptuado como herético en todas las demás.

Inseparable de la Universidad de Salamanca es la figura del esclarecido agustino fray Luis de León, que explicó en ella las doctrinas de Santo Tomás de Aquino, por sufragio de los discípulos, según las antiguas prácticas. Las envidias de algunos émulos, más que las libertades de sus poéticas traducciones de los sagrados libros, le hicieron sospechoso á la Inquisición, que le tuvo preso durante cinco

años, al cabo de los cuales, puesto en libertad y encargado nuevamente de su cátedra, dió ejemplo preclaro de la generosidad de su alma y de la serenidad de su juicio, comenzando sus explicaciones con la célebre frase de: *Decíamos ayer....* frase que implicaba el perdón de las ofensas recibidas y el olvido de sus dolores. Fray Luis, que había nacido en 1527 en Granada, murió en Madrigal en Agosto de 1591.



FRAY LUIS DE LEÓN.

La culta Salamanca ha levantado una estatua al insigne autor de *La perfecta casada*, colocándola delante de la famosísima Universidad. Ahora, recientemente, en la misma histórica ciudad se ha inaugurado hermosa estatua de Cristóbal Colón, lo que acredita el amor de Salamanca á las glorias españolas. Bueno fuera que las demás capitales siguieran este ejemplo, y en todas se dedicaran monumentos á sus hijos ilustres.

le hicieron sospechoso las demás capitales siguieran este ejemplo, y en todas se dedicaran monumentos á sus hijos ilustres.

## M E N U D E N C I A S

### PROBLEMA ARITMETICO

Reuniéronse tres hermanos para comprar una finca tasada en 144 onzas de oro. El primero dió lo que pudo; el segundo tres veces lo que el primero, y el tercero tanto como los otros dos.

Ahora bien, ¿cuánto dió cada uno?

### POLIGRAFÍA

B O Z A L  
B E L E N  
A S O M A  
M I N U I

Léanse los nombres de un gran escritor italiano, otro español y otro francés.

### CRUZ DE MONEDAS



Fórmese con monedas una cruz como la copiada, y que suma siempre 21 desde su pie hasta concluir el árbol principal ó los brazos: añadir otras dos monedas ó quitar dos de las que tiene y que siempre siga dando, por igual procedimiento, la suma de 21.

### CUADRADO



Léase vertical y horizontalmente:  
Diosa.—Reino.—Sinónimo de enemigo.—Musa.—Legislador.

En un café cantante, la *cañalora* flamenca cae muerta de repente, mientras sus entusiastas acompañaban aplaudiendo sus últimas peteneras.

—¡Pobrecita!—dice un filósofo:—ha muerto con palmas.

## EPIGRAMAS

—Cuando se marchó tu amante  
Matilde con Emeterio,  
Te dejaría asombrado,....  
—No; me dejó sin un céntimo.

—Voy á dar á usted una prueba  
De confianza, don Blas.  
—¿Cómo?....  
—Pidiéndole un duro.  
—¿Y á eso lo llama usted *dar*?

EDUARDO GUILLAR.

En un tren de recreo  
Reventó la mujer de don Tadeo.  
Y decía el marido  
Contando lo ocurrido:  
—«¡Pobre esposa querida!  
Á lo menos ha muerto divertida.»

## PENSAMIENTOS

Nuestras pasiones y nuestras necesidades  
son nuestros verdaderos tiranos. Aunque no  
sea más que por ser independiente, conviene  
ser virtuoso y sobrio.

Para escribir en prosa es absolutamente ne-  
cesario tener algo que decir. Para escribir en  
verso no es preciso.

El hombre más listo es un inocente junto á  
la mujer más sencilla.

Hay algo peor que la servidumbre: el servi-  
lismo.

FERNANDO FABRE.

La paz es el tiempo en que los hijos entie-  
rran á sus padres, y la guerra el tiempo en que  
los padres entierran á los hijos.

HERODOTO.

Puede juzgarse del mérito de las personas  
por las críticas de que son objeto, como de  
sus defectos por los elogios que reciben.

G. M. VALTOUR.

## ACERTIJS

De tres sílabas que cuenta  
Puedes una eliminar,  
Y el todo no ha de cambiar.

M E T N I E

De las treinta y una rayas que constituyen  
las figuras anteriores, quitar quince y que, sin  
embargo, queden veinte.

DERECHOS RESERVADOS.

## SIMBOLISMO

Una mujer joven y hermosa, ricamente  
ataviada, elevada la frente y aire desdenoso, y  
cuyas miradas impiden fijarse en los harapos  
que se dejan ver bajo sus ricas vestiduras. Á  
su lado está un pavo real. La figura de la  
mujer aparece subida en un globo y perdiendo  
el equilibrio.

## ENIGMA HISTÓRICO

Se ha reunido el Areópago, á petición de  
unos jóvenes que, cansados de aguardar la  
herencia de su padre, pretenden se dicte la  
interdicción de éste, so pretexto de que su  
cabeza está debilitada. El anciano, por toda  
respuesta, lee á los jueces una tragedia que  
acaba de terminar, y los aplausos de todos  
confunden á los acusadores, puesto que el  
padre, no sólo demuestra en ella la firmeza de  
su razón, sino que representa en la obra á  
unos hijos ingratos que despojan al autor de  
sus días.

Rímpese en un balcón la sogá que sostiene  
varias prendas de ropa, y éstas van á caer  
sobre un transeunte, que se enfurece por el  
susto y el aplastamiento de su sombrero.

—No te quejes, le dice un amigo que le  
acompaña: es un traje que *te cae* muy bien.

## CHARADITAS

Mi *primera* asusta,  
Mi *segunda* salva,  
Cura mi *tercera*  
Y mi *todo* guarda.

*Segunda prima* es vocal,  
*Primera* quema y da lustre,  
Y el *todo* es un nombre ilustre  
En el arte nacional.

## JEROGLÍFICO

K | — | MIR a — V  
I

## ENIGMA

*Dos* son tres, si bien se advierte,  
*Tres* son cuatro, si se mira,  
*Cuatro* seis, y de esta suerte  
*Seis* son cuatro, sin mentira.

## TRIÁNGULO

\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*

Leáse horizontal y verticalmente:  
Nombre de una isla.—Adverbio.—Fluido.  
—Pronombre.—Vocal.

## ANAGRAMA LATINO

Al pie de un Crucifijo aparece escrito:

*¿Quid est veritas?*

Contestar á la pregunta, mediante un ana-  
grama formado con sus mismas letras.

## ROMPECABEZAS

\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*

Quitense seis estrellas de este cuadro, de  
manera que, sumadas las restantes horizontal  
y verticalmente, den siempre un número par.

## SOLUCIONES

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 11.

AL SIMBOLISMO: La vejez, la juventud, la  
infancia y la virilidad.

Á LA POLIGRAFIA: Moyano y Samaniego.

AL TRIÁNGULO:

I G N E O  
G R A O  
N A O  
E O  
O

AL ENIGMA HISTÓRICO: Luis XVI, rey de  
Francia.

Á LAS CHARADITAS:

CA-TE-CIS-MO.  
PAN-TA-LÓN.  
CA-SI-NO.

AL JEROGLÍFICO: Obedece á tus mayores.

AL CUADRADO:

R O M A  
O R A R  
M A N O  
A R O S

Han remitido soluciones los lectores si-  
guientes:

Gaspar García Marchamalo, de Madrid;  
Luis Menéndez, de id.; El Acertador, de id.;  
Leandro Martínez Monje, de id.; José Mo-  
reno y Leonor, de id.; Ramón Camañes, de  
Zaragoza; Justo S. Toral, de Valladolid; Cri-  
santo Lopez Borreguero, de Segovia.

Las soluciones de los pasatiempos de este número  
se publicarán en el siguiente.

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».